

## **EL SEÑOR QUE VEÍA UN ELEFANTE VERDE – Por Jose Alemán**

Todo cambió una mañana de finales de octubre cuando, después de sonar el despertador a las 7:25 como todas las mañanas de finales de octubre y del resto del año, nuestro protagonista alargó el brazo para apagarlo hasta que volviera a sonar a las 7:30. Unos segundos después de volver a la posturita tan rica que había cogido debajo de las mantas, y cuando ya empezaba a coger el soporcillo de las 7:26, arrugó el entrecejo como con disgusto.

Tenía la sensación de estar siendo observado. Esta idea le llegó como de lejos, entre las brumas de la inconsciencia, pero fue suficiente para fastidiarle; sin llegar todavía a despertarse se dio la vuelta hacia el otro lado, se acurrucó para coger otra posturita y respiró profundamente.

Pero un momento después volvió a arrugar el entrecejo: alguien le estaba observando. Fue emergiendo pastosamente del sueño, aún sin abrir los ojos para aprovechar los dos minutos y medio de vacaciones que le quedaban todavía. ¿Pero por qué tenía esa impresión? Tenía que ser una tontería. Su mujer dormía junto a él y no había nadie más en la casa: dos minutos nada más y ahora se le ocurría esa idea ridícula.

Al poco entreabrió un ojo y todavía se fastidió más al ver los números de la pantalla del despertador: 7:29. Soltando un ligero gruñido, como si el brazo fuera de plomo, consiguió tocar con dos dedos el botón y desconectar la alarma para que no despertara a su mujer. A ella le quedaba aún media hora más de sueño, lo cual acabó de ponerle de mal humor aquella mañana. En fin, respiró hondo otra vez y cogió fuerzas para salir de la cama.

Se dirigió al baño torpemente, bostezando y olvidándose de la sensación de ser observado que le había sacado del sueño de tan mala manera. Al llegar cerró la puerta, encendió la luz y casi cerró los ojos para protegerse de la claridad; pero los abrió de repente al mirarse al espejo, cuando vio un elefante verde del tamaño de un melón, flotando en el aire por encima de su hombro izquierdo y sonriéndole amablemente. Casi perdió el equilibrio del susto: agarrándose de la pared como pudo logró mantenerse en pie, mientras mantenía la boca completamente abierta sin poder decir nada.

<<¡Pero...! ¡Pero...!>> fue lo único que logró articular entre la parálisis de la sorpresa. El elefantito continuaba mirándole y sonriendo, sin hacer nada más que flotar ante él. Después de unos minutos, sobreponiéndose como pudo, acertó a adelantar la mano para tocarlo con mucho cuidado: su tacto era suave, blandito, como si estuviera relleno de plumas. El elefante verde flotante se dejó tocar pacíficamente e incluso pareció gustarle; pero esto no sólo tranquilizó al hombre sino que lo asustó aún más. Logró abrir la puerta sin dejar de mirar fijamente a aquella aparición, y salió corriendo por el pasillo hasta el dormitorio.

Su mujer dormía plácidamente, tapada hasta las orejas. El hecho de verla así, tan... tan normal, le devolvió la serenidad instantáneamente; se quedó un

momento inmóvil, miró al elefante verde que seguía flotando junto a él a la altura de su cabeza, volvió a mirar a su mujer, de nuevo al elefante, y todavía con desconfianza pero algo más dueño de sus nervios se dirigió de nuevo al cuarto de baño.

Una vez allí cerró la puerta de nuevo. <<Está claro que estoy teniendo un sueño o una alucinación>>, dijo sin dejar de mirar al sonriente elefantito. Lo tocó de nuevo, y se tocó a sí mismo la piel. Se pellizcó varias veces con esperanza, pero no funcionó; se dio un par de buenos bofetones pero su alucinación seguía allí. <<¿Cómo le voy a contar esto a mi mujer?>> Ella era tan tranquila, tan segura de sí misma... seguro que diría que era una locura. Y de verdad que eso le parecía a él mismo.

Una vez estuvo seguro de que el elefante verde era producto de su imaginación y que no era aparentemente peligroso, pensó en qué hacer a continuación. Después de pensar un rato decidió ignorarlo por el momento: si estaba en un sueño tarde o temprano acabaría, y si era una alucinación desaparecería por sí sola. Todavía muy preocupado, repitiéndose continuamente que debía estar tranquilo y que pasaría, logró asearse y prepararse para ir al trabajo.

Su mujer se levantó cuando ya salía: <<¿has dormido mal?>> le preguntó, <<tienes mala cara>>. Él intentó tranquilizarla de manera poco convincente, ya que al verla el elefante se acercó a ella y le acercó la trompa al pelo con suavidad para olfatearla; pero al menos logró dominar su impulso de saltar sobre él para impedirse. Su esposa le miró extrañada cuando se fue a toda prisa, muy nervioso y sin dejar de mirar sobre su hombro izquierdo.

En la oficina la mañana fue un desastre. Intentó olvidarse del elefante verde, pero a éste pareció que le gustaba el sitio y anduvo de aquí para allá acercándose a sus compañeros, olisqueándolo todo y flotando mientras el pobre hombre le seguía con la mirada sin poder disimular su expresión desencajada por la tensión cada vez que alguien estaba a punto de tropezar con él. Cuando le preguntaban algo contestaba de manera inconexa y mirando al vacío, lo que provocaba reacciones extrañadas de las personas que tenía cerca.

El elefante verde continuó siguiéndole constantemente. Estuviera donde estuviese no podía sacárselo de encima, y no podía evitar desviar su atención de lo que estuviera haciendo o de la persona con la que estuviera hablando. La situación no cambió en los siguientes días, hasta que los comentarios de sus compañeros y amigos y la preocupación de su mujer le llevaron a visitar a un psiquiatra que había visto anunciado en el periódico.

<<Doctor, he venido a verle porque me estoy volviendo loco>>, dijo. El médico le pidió que se explicara y le contó que tenía alucinaciones desde hacía ya varios días, que imaginaba que un elefante verde flotante relleno de plumas le acompañaba a todas partes y que ya no podía vivir más con la idea de que estaba perdiendo la cabeza. El psiquiatra levantó la cabeza de los papeles que tenía delante cuando su paciente comenzó a contarle todo lo que le había

ocurrido, y al terminar se rascó la barbilla con aspecto meditabundo. Le hizo algunas preguntas sobre su vida, su alimentación, si tomaba alguna droga o medicamento, si había sufrido estrés últimamente y esas cosas; y al final le recetó unas pastillas y le dijo que volviera a verle al cabo de una semana.

El hombre así lo hizo, pero las pastillas sólo le sirvieron para ir a todas partes medio zumbado, ser incapaz de concentrarse en nada y perder el apetito. Sin embargo el elefante verde seguía ahí, flotando junto a él sin dejarle a sol ni a sombra. Su mujer y algunos de sus compañeros ya se habían mostrado algo preocupados, pero él se había decidido a esperar un poco antes de contarle a alguien su problema. Le hablaría a su esposa de lo ocurrido en cuanto lo hubiera solucionado para no asustarla, y mientras tanto trataría de agotar todas las posibilidades.

Después de un mes visitando al psiquiatra y aumentando las dosis de pastillas sin resultado positivo se decidió a visitar a un neurólogo del que oyó hablar una vez. No quería ni pensar en la posibilidad de tener un tumor cerebral o algo parecido, pero estaba claro que algo malo pasaba en su cabeza. Mientras tanto ya su mujer, sus compañeros y sus amigos se mostraban constantemente muy preocupados, y tanto sus relaciones personales como su rendimiento en el trabajo se fueron deteriorando con su aislamiento. Hasta el elefantito le miraba a veces como con cara de tristeza: <<tiene gracia que mi alucinación también se preocupe por mí>>, llegó a pensar.

El neurólogo le mandó a hacer una serie de pruebas que tardarían algún tiempo. Mientras tanto el psiquiatra le había prescrito unas pastillas más fuertes que tampoco funcionaban, pero que le produjeron un efecto tan evidente que todos empezaron a pensar que tomaba drogas. Las miradas de preocupación por parte de sus compañeros se fueron transformando en cuchicheos de desaprobación, y su relación de pareja fue derivando de las preguntas sin respuesta a los comentarios, después las recriminaciones, el enfado permanente y por último el silencio. Él empezaba a sospechar que tenía algún problema muy grave, y se juró a sí mismo que no haría sufrir a ninguna de las personas a las que quería hasta que hubiera dado con la solución o se hubiera convencido de que ya no la tenía. Curiosamente tenía la sensación de que el único que permanecía a su lado, quizá porque era el único que comprendía su secreto, era el elefante verde flotante relleno de plumas.

El día que llegó de nuevo tarde al trabajo y le pidieron que recogiera sus cosas ya ni le importó, tan aislado del mundo estaba llegado ese momento. No recogió nada porque no sentía nada como suyo, a pesar de que llevaba doce años sentado en la misma silla; simplemente salió lentamente, con torpeza por el aturdimiento constante de las pastillas, y mientras salía olvidó que alguna vez había estado allí.

Algo parecido ocurrió con su matrimonio, sólo que en este caso fue ella la que se marchó dejando una nota. No llegó a leerla, simplemente vio de lejos un papel sobre la mesa y pensó que todo se arreglaría cuando se hubiera recuperado de su locura.

Poco después se hizo las pruebas neurológicas; le dieron cita con el doctor para poco después y eso le mejoró un poco el ánimo al pensar que, fuera lo que fuera, la solución estaba algo más cerca. Ya sólo pensaba en su enfermedad y en ponerse bien lo antes posible, e incluso le contaba al elefante verde sus planes de recuperar a su mujer y disfrutar juntos de la vida cuando todo aquello hubiera pasado.

Uno de los días que estaba tirado en el sofá, con la televisión encendida desde hacía varios días sin que se hubiera dado cuenta, oyó algo que le hizo volver a la realidad de entre la somnolencia de los medicamentos: un anuncio en el que se prometía la sanación y la protección mediante la brujería y otros métodos similares. Cuando asimiló del todo la idea, mucho después de que el anuncio hubiera terminado, se sintió con fuerzas como para intentarlo. Buscó en un periódico atrasado que tenía por ahí y pidió cita por teléfono con una mujer llamada “Madame Acuario”, y al día siguiente se dirigió a la dirección que le había dado.

Madame Acuario le dijo que alguien “le estaba trabajando” y que veía a una mujer morena que tenía una marca de nacimiento que le quería hacer daño. Le habían echado mal de ojo y varias cosas más que él no entendió muy bien, pero prestó toda la atención que le quedaba para acordarse de lo que debía hacer para solucionarlo: el ratón muerto, la rosa bocabajo clavada en la puerta de su casa, los rituales todos los días... Lo apuntó todo en cuanto pudo y se empleó a fondo para tratar de solucionar su problema como fuera.

Por fin llegó la cita con el neurólogo, que le dijo que las pruebas no habían sido del todo concluyentes pero que en su opinión los síntomas apuntaban claramente a un tumor. Después de muchas explicaciones le dijo que en este caso concreto había que operar para localizarlo y extirparlo aunque existía un riesgo muy elevado, y que dado el estado del paciente tendrían que hacerlo urgentemente para no llegar demasiado tarde; así que le dieron cita para el ingreso en el hospital pocos días después, y el hombre casi lloró de alegría al ver tan cerca el fin de su sufrimiento y la recuperación de su pareja y de su felicidad. Mientras tanto, por si acaso, aunque tenía puestas todas sus esperanzas en la operación y ni siquiera pensaba en el peligro tan importante que conllevaba, no abandonó las rosas en su puerta, los rituales y por supuesto las pastillas, que ya hacía tiempo que no podía dejar.

La mañana del día del ingreso el hombre se levantó del sillón en el que se había quedado dormido la última vez, ya no recordaba cuándo había sido eso. Sólo tenía en la mente una idea, la de que había llegado el momento. Llevaba bastantes días sin salir de casa o ni siquiera sin asearse; tan sólo estaba pendiente de la televisión que llevaba encendida desde mucho más tiempo del que era capaz de acordarse, para enterarse de la fecha y así no dejar pasar su Gran Día. Por primera vez en mucho tiempo se lavó como pudo, con gran dificultad abrió una lata de algo que ni siquiera sabía qué era y se comió lo que había dentro, empleó más de una hora en afeitarse, buscó una ropa que no estuviera demasiado sucia e incluso sonrió. El elefante verde flotaba cerca de él, sonriéndole también; aunque le costaba mucho moverse y lo hacía con gran lentitud debido al anquilosamiento y a la falta de alimentación adecuada,

parecía que la idea de curarse le había dado una nueva energía. Antes de salir pasó por delante del retrato de su mujer que había en la cómoda, y lo miró mientras se le saltaban las lágrimas de felicidad. Si el castigo físico y moral al que había estado sometido desde hacía meses y las pastillas que embotaban su razón le hubieran permitido articular una frase, ésta hubiera sido: “lo único que podrá separarme de ti ahora será la muerte”.

Salió a la calle con una decisión que le hubiera llevado al otro extremo del mundo. Las piernas le temblaban, la mente se le nublaba, tenía que detenerse a descansar a cada poco, pero el hombre jamás se había encontrado mejor en su vida. Cada paso era una batalla ganada hacia la victoria, hacia la curación y hacia las cosas que le esperaban una vez recuperara su salud. Adiós a las visiones, adiós a las preocupaciones inútiles, sólo pensaría en hacer feliz a su esposa y en compartir cosas que les permitieran disfrutar de su felicidad juntos.

En una de las paradas que se veía obligado a realizar para recuperar el resuello, le pareció desde muy lejos notar algo en su pierna derecha. Estaba apoyándose en un semáforo, respirando y oyendo los latidos de su corazón en las sienes, cuando volvió a percibir la sensación en su pierna y llegó a darse cuenta de que alguien la estaba tocando. Giró con dificultad la cabeza para mirar a quien le había sacado de la concentración en la operación, su salud y la mujer a la que amaba: era una niña pecosa que le miraba con gran curiosidad.

<<Señor, señor, ¿puede decirme cómo ha conseguido ese elefante tan bonito?>>.